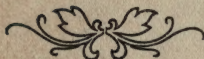

3 1761 04942047 4

EULOGIO HORTA

BRONCES Y ROSAS

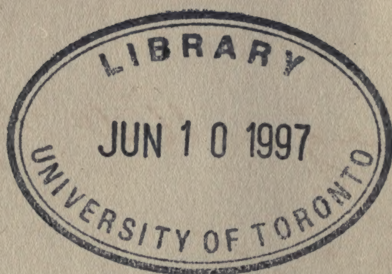
EL ARTISTA DEBE SABER
LEER EN SU CORAZON.

PRÓLOGO DEL CONDE KOSTIA



HABANA

MPRENTA AVISADOR COMERCIAL
80, AMARGURA 80
1908


LIBRARY
JUN 1 0 1997
UNIVERSITY OF TORONTO

A la meritísim[a]
sociedad
"Casino Españo[l]"
Eulogio Hor[illegible]

DEDICATORIA

Cienfuegos 16 de Sept[iembre de]
1909.

Al Sr. D. Domingo Malpica La Barca.

En prueba

de afecto, cariño y simpatía.

E. H.

ARQUITRABE

LA PRODUCCION literaria no es contínua, ni por regla general, buena, en Cuba. Para un verdadero libro, bello de ideas y bello de forma como el De tierra adentro *del Emile Pouvillón cubano que ha hecho envidiable en las letras americanas el nombre de Jesús Castellanos, cuántos Pérez, Jiménez, Rojas, López, &., muertos antes de nacer á la vida de la publicidad!*

El espectáculo desconsuela. La medianía y la insignificancia, la estulticia y la presunción cogidas del brazo pasean por toda la República la sonrisa idiota de su escandalosa suficiencia.

En Cuba casi nadie lee y todo el mundo sabe. Y los que menos han estudiado son los que saben más. Una pluma, un tintero, un montón de cuartillas y cátate un rival de Prevost-Paradol ó Carlos Rubio en el periodismo político,

un continuador excelso de Becquer y Heine en la lírica ó un David estilista, vencedor con su honda de foragido de todos los Goliats del movimiento literario moderno.

En vano Márquez Sterling zumba, Varona aconseja, Sanguily flagela, Justo de Lara *desdeña con frases lapidarias el* beotismo *que nos constriñe y ahoga. El* beotismo *de "frente de toro" nos cierra toda salida á caminos de belleza. Como el Minotauro antiguo, devora diariamente las cretenses vírgenes de poesía y arte apenas ven la luz en nuestro suelo. Sólo se exceptúan de esa abyecta* mainmise *los cerrados á toda idea grande noblemente expresada para la eternidad; los profanadores de lo bello, los estultos hijos de una República sin ideales.*

No es de ellos solos la culpa. El lector cubano puede reivindicar altamente su parte en este desmoronamiento de siglo literario que comienza, sin saber cómo terminará. Los libros bien escritos, por el hecho mismo de serlo, son

apartados desdeñosamente. La tradición, cuyas bases echaron en el siglo pasado La Luz, Saco, Cirilo Villaverde y continuaron dignamente Mitjans, Nicolás Heredia y Manuel de la Cruz se ha desplomado bruscamente. La humanidad cubana vive sólo de vientre á abajo. Los apetitos se han desatado y las ideas huído. Un cielo de Gomorra pesa letalmente sobre la intelectualidad cubana, cielo de plomo á que no logran abrir pasos de luz las brillantes sajaduras de media docena de esforzados—locos de otro género en la locura universal.

Entre esos locos que arrastran mi simpatía figura el extraordinario autor del presente libro que en sus BRONCES Y ROSAS—*un título á lo Casal—parece traernos el Evangelio nuevo de la Belleza.*

Eulogio Horta, el Préault de los bronces *que nos presenta y el Saadi de las* rosas *que nos tiende, no se ha educado en Cuba. Es un cubano de raza literaria exótica. Más enamorado de Villiers de L'Isle Adam que de Lua-*

ces, y de Ruskin que del Dr. Francisco Zayas, es un galo-sajón-germano-indo-nipón. En otros términos: un cosmopolita del pensamiento gloriosamente universal. Su conversación es un río de ideas sobre cuya ancha superficie pasan las barcas de Aulo Gelio, Valmiky, Dante, Shakespeare, Leopardi, Goethe, Hugo, Renan, Balzac y Musset... Su ancha frente que el sol de la India parece haber quemado, es como una cisterna graciosamente austera en que las tradiciones antiguas cargadas de mitos y las modernas de pseudo verdades han destilado su esencia dolorosa gota á gota.

El dijo al Arte: "tú serás mi padre"; á la Filosofía: "tú serás mi madre!" Y este hijo de dos augustos genitores lleva bien en su blasón de escritor las cifras de su doble nobleza.

Su pluma es alada—alas de mariposa intelectual que á lo largo de las espigas extrae la miel única de que se alimentaba Virgilio, que aspiraba Novalis y que egoístamente parece haber devorado Anatole France.

Su libro de hoy es una colmena en que zumban las graves avispas de la idea y las acariciadoras abejas del ensueño. Su flexibilidad de estilo es prodigiosa. El Divino Bambino, *ilustración á la pluma del celebrado cuadro de Sinkel, no está escrito por una pluma que envidiaría Angela de Foligno, sino miniado por un pincel que ha caído, por distracción del pintor, de la paleta de Leonardo de Vinci.*

El Centenario de Edgard Poe *es evocado con una elocuencia dolorosa digna de Mallarmé, uno de los que—con Baudelaire—han mejor comprendido al extralúcido poeta de* El Cuervo *y* El Gusano.

Mauricio Maeterlinck, el pintor á la pluma de lo misterioso, el poeta del ensueño bajo párpados cerrados, el Gustavo Moreau de La Princesa Maleine *y el Rochegrosse de* Mona Vanna *se alza de pie entre los* bronces, *prendido de* rosas *el manto de brocado y oro con que la fama lo ha revestido.*

El homenaje á Casal es la página más con-

movedoramente bella que haya firmado nunca un noble de la pluma. Nada se ha dicho más penetrante, más hondo, más sincero ni más generoso sobre aquel melancólico rosal de otoño en el cual se descogían algunas flores espléndidas, pero en donde la mayor parte de los botones no tuvieron fuerza para abrirse. El psicólogo de BRONCES Y ROSAS *ha sabido penetrar con la linterna del Diógenes eterno del análisis en el alma del psicólogo de "Bustos y Rimas".*

Las Rosas *matizan bien los* Bronces *que enguirnalda amorosamente el Camille Mauclair cubano. Como el poderoso Maestro de "L'Impressionisme", Horta tiene bajo su mano todas las cuerdas de la lira del prosista. Su gama es indefinida, de matices que se imponen, se alargan, se desvanecen y se pierden en un decrescendo que es toda la armonía secreta de las cosas. Sus* Pompas de Maya, *su* Toisón de Oro, *su* Lección de Amor en un Parque *no son soberbios trozos de un la-*

tino de Cuba que la sombra de la Cruz inquieta, sino magníficas visiones de un griego de Antioquía dorado por todos los rayos del Paganismo triunfante.

No olvidemos, antes de cerrar estas páginas, el artículo "joujou" que lleva por titulo El Mayor encanto de la Cubana. *Es una defensa sonriente de la mujer cubana, que por fuerza de simbolismo interior, es un alegato en favor de LA MUJER.*

En el suntuoso mosaico ravenés que es el volumen BRONCES Y ROSAS, *este artículo es como la garra de cifra que Agnellus dejara para admiración de las generaciones en el esmalte indestructible aún hoy, después de siete siglos; cifra de gracia ligera en que reposan los ojos dulcemente abrumados por el esplendor de las figuras que lo rodean deslumbradoramente...*

CONDE KOSTIA.

BRONCES

I

EL DIVINO BAMBINO

A Antonio G. Zamora.

La poesía que rodea la infancia de Jesús, no la han podido destruir ni las críticas implacables del racionalismo ni las disidencias surgidas en diferentes épocas en el seno mismo de la cristiandad. El alemán Straus ha pretendido explicar la personalidad del Cristo por el sistema de los mitos y de los símbolos, mientras que Renán y Reville lo despojan de toda prerrogativa divina. El arte y la poesía, sin embargo, han aumentado la sublime grandiosidad de su figura revistiéndola de una magna supremacía espiritual.

No olvidemos que la Biblia no es una historia, sino un conjunto de poemas; un libro de alegorías y de imágenes.

Los adivinos anunciaron al príncipe Herodes que un niño le destronaría, y

Herodes despechado le persigue. Este mismo niño que era el Mesías profetizado, es el que confunde á los doctores asombrándoles con las luces de su profunda sabiduría.

Los grandes le condenan, los discípulos reniegan de él, el pueblo le maldice y aclama su afrentoso suplicio; sólo su madre llora, porque Dios creó los besos de los niños para las lágrimas de las madres. La maternidad es el tipo de los sacerdocios; y María, flor brillante del pudor, rosa mística, lirio de pureza, es la celeste madre del Salvador.

Triunfó el Divino Niño, porque recibió la unción del genio, la unción de la fe, la unción de la virtud, que es la fuerza.

Triunfó del mal por el bien, del egoísmo por la abnegación, de la ferocidad por el perdón: este es el secreto del cristianismo y de la victoria eterna.

Cuando el Salvador del mundo estaba sobre la tierra, la tierra era más bella que el cielo. ¿Cómo no había de ser idealizada su prodigiosa infancia?

La sencillez antigua lo ha rodeado de cierta austeridad, que es como la aureola de su divino origen; pero Jesús despierta una melancólica admiración, que es como la sombra del madero en que ha de ser inmolado.

El divino *bambino* ha sido reproducido en mil diferentes situaciones por el arte, pero ni la modestia del Salvador ni la pureza de su madre permiten que se le represente desnudo. Algunos le pintan en recreos infantiles, ó montado á caballo sobre un cordero. Rafael y Miguel Angel lo han representado jugando con San Juan Bautista, que es el amigo inseparable de Jesús. San Juan era también un niño radiante, como lo fueron Samuel, David y Daniel, que se mencionan en la Biblia.

Murillo, el Veronés y el Corregio, Rubens y el Ticiano pueden contarse entre los genios que han cargado su pincel con los más bellos colores para aureolar su mística figura. En los lienzos de esos maestros se ve el aspecto poético, las cabezas blondas, los cabe-

llos ensortijados, las miradas brillantes, los labios rosados y sonrientes, el espíritu de sencillez: este es el punto de vista de las mujeres y de los poetas.

El ejemplar que aparece en el célebre cuadro del artista H. J. Sinkel es una de la más bellas imágenes del infante de Nazaret. Y si la presencia de los niños es una fiesta y una bendición de todos los momentos, la del niño Jesús es para producir el éxtasis de las almas dilectas.

Los niños, fueren del tiempo y del país que fueren, representan la ingenuidad y cuentan á sus madres las sorpresas de sus almas candorosas. Sus miradas límpidas y profundas como el agua de los lagos, expresan todas las imágenes, y sus sonrisas son una recompensa.

Los hay dóciles, tímidos y sumisos; respetuosos, sencillos é ingenuos; amables, encantadores y graciosos; turbulentos, imprevisores y descuidados; gentiles, alegres y juguetones; tiernos, frágiles y delicados; inconstantes y aturdidos; frívolos, inocentes, dichosos

y apacibles; bravos, intrépidos y geniales; pero sólo el niño Jesús es DIVINO.

Fué el gran Abel de la humanidad; difundió el Espíritu de Vida en las almas; dió á todos el *pan* de la inteligencia y el *vino* del amor, y ascendió á su reino virgen del beso de la muerte.

II

EL CENTENARIO DE EDGARD POE

A Enrique José Varona.

Con un banquete celebrado en esta ciudad por un grupo de admiradores del más fantástico de los bardos, quedó hace poco inaugurada la Sociedad que ha de preparar la conmemoración del primer centenario de Edgard Allan Poe en 1909. De esta fiesta un tanto informal, surgieron importantes acuerdos, tales como reproducir en bronce el *cottage* de Fordam, donde vivió el poeta, cerca de New York, erigirle una estatua, y organizar una velada en honor del nacimiento de Shakespeare, en el Metropolitan Opera House, destinándose sus productos para las fiestas del centenario del genio lírico que con voluptuosidad incomparable cantó en sus poemas el Ensueño y la Muerte.

Nada más digno de esta tierra utilitaria que ese recuerdo para solemnizar la gran memoria del artista de la extravagancia lúcida, al que la crítica, reemplazando la censura por el análisis, reconoce como el primero de los poetas americanos, haciendo que la indiferencia se haya trocado en respeto profundo que llega hasta la piedad y la adoración.

El día mismo que se celebraba el banquete, quise ir al Museo de Bellas Artes á contemplar una vez más el monumento que en él existe dedicado á Poe por los artistas dramáticos de esta metrópoli. Lo hago constar con tristeza: no ocupa ese monumento el puesto á que tiene derecho como una obra de arte y por su significación. En el antiguo arreglo del Museo hallábase en lugar más distinguido que ahora. Antes lo bañaba una luz magnífica y parecía, es la verdad, menos fúnebre y menos solitario que donde hoy se encuentra, no sé si por exigencias de instalación ó representando de parte de los

directores del Museo un erróneo menosprecio.

Nunca voy á este templo del arte sin detenerme, aunque sólo sea algunos minutos, ante esa obra escultórica que expresa un delicado y sugestivo pensamiento. Es un tablero de mármol colocado perpendicularmente, en el cual se destaca un medallón de bronce en bajo relieve con la efigie del gran poeta, circundada por una corona de laurel que le coloca la Gloria simbolizada en una mujer, una bella estatua de mármol de noble y serena expresión. Al pie de la efigie osténtanse la dedicatoria del monumento y un epitafio conmovedor en inglés y en latín:

HE WAS GREAT IN HIS GENIUS;
UNHAPPY IN HIS LIFE;
WRETCHED IN HIS DEATH. BUT IN HIS FAME
HE IS INMORTAL.

«Sæpius ventis agitatur ingens
Pinus, et celsæ graviore casu
Decidunt turres, feriunque summos
Fulgura montes.»

Contraste singular: hallándose ahora ese monumento en lugar casi oscuro,

antójaseme sin embargo, más expresivo. La dulce media luz de la penumbra sienta mejor al poeta infortunado que la vivísima claridad del día. Está en su atmósfera natural, porque examinando su vida, vemos con angustia que en su pasado no se abre una sola rosa. ¿No fué su predilección la belleza vaga é indistinta,—la verdadera belleza, después de todo?

Amó tres escenarios de la naturaleza: la cima de las montañas, la profundidad de las selvas y los lagos solitarios en cuyas orillas se levantan rocas escarpadas. Un desterrado del mundo del espíritu lanzado en medio de una sociedad de mercaderes, no halló campo mejor que el arte, y se refugió en los dominios de la idealidad pura.

Entre Poe y su pueblo, entre el autor de *Israfel* y el medio que le rodeaba existía un abismo que nunca intentó cruzar. Era demasiado altivo y sensible para acercarse á los burgueses, y reaccionó tan radicalmente de su tiempo y de su pueblo que llegó hasta el

aislamiento más absoluto. Era, sin duda, un genio raro. La poesía le daba más placer que la música, y sus concepciones rebasaban sus poderes de expresión. Los que han querido encontrar una analogía entre Poe y Chopin, han tenido sólo en cuenta la honda melancolía que caracteriza la obra de ambos genios; pero nada más. Poe se enamora de las frases musicales de sus poemas, y en sus yambos y dáctilos surgen siempre augustas la dignidad y la gracia de la poesía. Cuando se recorre su variada y originalísima producción, sorpréndenos no hallar en ella nada que trascienda á vulgaridad ó á lugares comunes. Las altas tradiciones del arte se conservaron puras en sus manos y todas sus composiciones aparecen hermoseadas por los rasgos de una inspiración privilegiada.

Si, conforme á las leyes de la evolución, lo mejor sobrevive, en el orden de la vida espiritual, Poe es uno de los escogidos que figurará en la inmortalidad del mundo, porque fué uno de los

«héroes del Verbo» y un revelador de la potencialidad artística del espíritu americano...

Vuelvo á ver la fisonomía del poeta, y paréceme hallarla aún más triste y desolada, como si la voz de *Annabel Lee* desde su ciudad marina le trajese un eco funeral; acaso *The Bells* le han enviado un mensaje de soledad,

«Keeping time, time, time
In a sort of Runic rhyme.»

¿Le habrá hablado *Ulalume*, ó habrá soñado con la imagen de *Helen*, ó pensará ir, galante caballero, en busca de *Eldorado?*

El enigma de Poe está todo entero en uno de sus poemas, al interrogarse como un alucinado:

«Is all that we see or seem
But a dream within a dream?»

Tal como le ví ayer en el Museo semeja adormecido por los besos de *Eleanora*, *Lady Ligeia* parece haberle ungido con sus dedos impalpables; diríase que *Morella* y *Berenice* le han enviado la caricia de sus postreras mi-

radas, y *El Cuervo* augural como que ha hecho resonar en sus oídos el fatídico *never more!*

Sea cual fuere el punto de vista desde el cual le consideremos, Poe se nos presenta siempre melancólico. No en vano pasó por el Valle de la Sombra que da la sugestión de la muerte.

Otros poetas compatriotas suyos, Emerson, Hawthorne, Thoreau, Lowell, Longfellow ó Walt Whitman han cautivado á sus contemporáneos, pero ninguno poseyó en el grado que Poe ese algo divino é imperecedero en la mente que los ingleses designan con la palabra *witiness*, algo que se identifica con la energía creadora.

En esa impasibilidad del bronce, el alma del poeta parece que palpita consciente de su obra, que es la obra de la Belleza revestida con todas las inefables seducciones del ideal estético; obra más poderosa y por tanto más perdurable que la obra de la ciencia con sus fríos análisis, con sus dudas y sus desconsuelos.

En estos últimos años la crítica nacional se ha esforzado por hacer una reparación del autor de las famosas *Historias Extraordinarias*. Se han publicado nuevas y espléndidas ediciones de sus obras completas, cuentos, cartas, poemas, críticas, notas marginales que forman en conjunto una labor considerable, acompañándolas de biografías y juicios escritos por notables talentos, movidos por el patriotismo y el amor á la justicia, ó por su culto hacia la rara personalidad que comprendió cual pocas el papel ritual del arte en la humanidad. Pero aún se le debe el supremo homenaje de una glorificación más alta en que vaya comprendido el espíritu nuevo de esta América sajona, donde una *élite* superior consagra su valiosa actividad á mantener cuidadosamente respetados los intereses del arte, y trabaja por adquirir esa sensibilidad refinada que fué la que constituyó la magnificencia del alma griega.

Lo que la imbecilidad de otros tiempos fué incapaz de emprender, cúmplelo

ahora y de brillante manera la generación actual, más inclinada á vivir la vida del pensamiento que sus antecesoras.

Poe no es un poeta patriota; pero su origen fija el derecho que tiene á la admiración del país que le vió nacer. Si Longfellow en su *Excelsior* canta con inspiración verdaderamente «americana» el destino de su pueblo, Poe no registra en sus producciones nada que lleve las huellas ni de su tiempo ni de su tierra, y en este sentido es un adepto de la literatura universal; pero es también una gloria de esta gran nación del Norte.

Hay en esta entidad un aspecto que muy pocos han sospechado, ó que si sospechado, han interpretado mal, y es el aspecto místico-trascendental de todas sus obras. Siempre se nos revelará apasionado por lo maravilloso y terrorífico y al mismo tiempo poseído de un amor inmenso por todo lo que es bello. La apariencia, así en su vida como en sus obras, tiene algo de satánica,

mientras que el fondo de su alma es de lo más cristiano que se pueda imaginar.

Loco! dipsomano!... Así llama el vulgo á todos aquellos que no poseen el magnífico equilibrio de los imbéciles. Así y todo, Baudelaire y Gabriel Mourey, sus traductores en prosa y verso, estimáronlo digno de ser presentado á la Francia intelectual, y Mallarmé le canta en un soneto vibrante y delicado. Pertenecerá como Hoffmann, Juan Pablo Ritter, Bulwer Lytton y Villiers á lo que se llama «literatura mórbida», sin más explicación; pero es un artista, un entusiasta, un poeta.

Y algo que vale tanto como esto último: un precursor de los modernos exploradores del alma.

Eureka, por ejemplo, es una visión cosmogónica del universo y de las leyes que rigen sus evoluciones, y en ese poema se manifiesta Poe en ese transporte de fantasía y de razonamiento, en que el bardo y el filósofo no forman más que un solo sér. Pero el máximun de su elevación en este punto lo demuestra en

el adorable *Coloquio de Monos y Una*, donde, en cuanto le es dado al poeta penetrar, ayudado de la intuición, en el dédalo misterioso de la existencia posterior á la muerte, su genio audaz ha ido más allá que el de ningún otro autor conocido. No sin razón le llamó Julio Verne, en competente estudio que le dedicara, «fundador de la escuela de lo extraño».

Su resolución de trasladarse á Grecia á defender la libertad de los griegos, lo identifica con Byron hasta cierto punto; mas por cima de todo permanecerá como el poeta enamorado de lo legendario, de lo misterioso, de lo sombrío; como el inquieto evocador de seres imaginarios, que reanimó dándoles en cambio su vida y comunicándoles un encanto imprevisto y una intensidad inolvidable.

New York, 1904.

III

MAURICIO MAETERLINCK

A Wifredo Fernández.

MAURICIO MAETERLINCK, poeta, dramaturgo, místico y abogado, es uno de los escritores más originales en esta época de originales escritores.

Puede condensar una emoción en un epigrama y toda una filosofía en una sentencia.

Como místico es del mismo linaje de los antiguos griegos, los doctores de la Edad Media, los Novalis, los Emerson, los Eliphas Levy del siglo XIX; los ha profundizado, ha traducido algunos, ha escrito ensayos sobre otros. Las lecciones que de ellos ha aprendido—ya aceptándolos ó rechazándolos—las ha deslizado en su prosa, pero imprimiéndoles su personalidad. En una palabra, es el exponente, y en gran parte

el creador del misticismo contemporáneo.

Los griegos se regocijaban francamente en el cuerpo como en un templo del placer; las generaciones de los tiempos medioevales lo consideraban como una prisión detestable; para los modernos el cuerpo es una escuela. Maeterlink acepta la experiencia humana en el concpto de lecciones espirituales, y peculiarmente suya es la hermosa y noble actitud de transformar todos los accidentes de la vida, aun la tristeza y el mal, en divina sabiduría.

«El alma, dice, se propone la felicidad, como el cuerpo se propone la salud; pero así como el cuerpo tiene sus dolencias, el alma tiene también las suyas. Física y psíquicamente las enfermedades son un elemento importante para la humanidad, aunque no nos damos cuenta de su empleo sino imperfectamente; pero ya es mucho conocer que ese empleo existe.»

Y así nos ofrece una filosofía de conformidad en el presente y de esperanza

en el porvenir. «Pasamos, expresa, á través del dominio de la desesperación, á la mansión del silencio». Convengamos sin embargo, que todo esto es muy notable, pero un tanto melancólico. A muchos hombres la esperanza puede parecer más bien esperanza contra esperanza; la conformidad, un anodino para el pesar de las desilusiones; la calma, tan solo la calma del náufrago que ha llegado á la costa.

*
* *

De los libros de Mauricio Maeterlinck, las ideas se escapan, como de esa colmena que él nos describe las abejas «en admirables gotas de luz». Como las abejas, también esas ideas destilan la miel, una miel espiritual con que se perfuma nuestro pensamiento.

Hasta por encima de las tinieblas sabe desplegarse en la región azul, y solicitando temibles misterios, recoge en ella para nuestro solaz, sabias, dulces y persuasivas enseñanzas, añadiéndoles

su propia impresión de soñador y de poeta.

Se le ama antes que se le admira. No es dogmático, y por esto nos inspira confianza. Emite sus dudas, participa sus vacilaciones, y de buen grado nos dejamos guiar por él hacia mejores certidumbres.

El volumen de versos *Serres chaudes*, que fué su debut en literatura, no nos deja entrever más que un soñador delirante sumergido en las flores del ensueño, curiosa y perturbadora vegetación de fantásticas orquídeas,

Sous l'eau du songe qui s'éléve
Mon ame a peur, mon ame a peur...

Y este terror de lo desconocido será la nota dominante de su teatro. En sus dramas es, ante todo, el poeta de la fatalidad. Maeterlinck, lo mismo que Ibsen, desprecia las apariencias y los convencionalismos sociales, y se ha librado tanto como él del yugo aplastante de la opinión, de la tiranía del rebaño. Lo mismo que el noruego, el belga ha seguido una ruta separada, sin otro guía

que su voz interior, sin otro fin que la verdad amada por su corazón; sin temor del ridículo, con un profundo desdén del qué dirán y la calma de los grandes originales en perfecta armonía consigo mismos, calma tan desconcertante para los mundanos y los *snobs*, que no se dirigen sino según los demás. Por sus defectos como por sus cualidades, no es menos tampoco el antípoda de Ibsen; porque en vez de empeñarse en la áspera lucha contra los vicios de una sociedad en decadencia, se ha dejado deslizar á la ventura sobre el lago encantado de sus quimeras, para abordar á esa patria mística del alma y del amor, que se ha convertido para él en una fuente de vida y de renovación.

Según los que le conocen como según sus libros, Maeterlinck es un espíritu delicado y profundo, un carácter recto y concentrado con grandes energías latentes. Hay en él un centro cristalizador y una orientación, y entiendo por tales una voluntad y un ideal. Tener

un ideal quiere decir tener la fe en una verdad trascendente y absoluta. Maeterlinck marcha hacia ella con seguro paso, á través de todos los horrores de la realidad y todos los fantasmas del ensueño. Este escritor, que al primer aspecto tiene el carácter de un refinado y de un decadente, es en el fondo un sencillo, un fuerte y un creyente. De aquí su irradiación excepcional en una época de excepticismo intelectual y de aridez de corazón.

***

El teatro de Maeterlinck es un teatro muy misterioso y muy singular, con personajes semejantes á seres de pesadilla que se expresan por medio de palabras sibilinas sobre un escenario de nubes y una decoración crepuscular. Su parecido con el teatro indio, que Emile Faguet fué el primero en señalar, es sorprendente. La lectura de esos dramas me ha producido deleite, pero la representación del que puede

llamarse la perla de su teatro, *Pelleas et Mellissande*, me causó aun mayor emoción, debido á no sé qué fuerza y qué gracia secretas que permanecen vivientes y cautivas en esa obra, de la que ha hecho una admirable creación la gran actriz inglesa Mrs. Patrick Campbell.

Toda la vaguedad é inconsciencia de los personajes de Maeterlinck, se explican por ser él uno de los raros que han penetrado en la zona «reveladora», donde reina la «luz firme y fiel». Penetra en esa zona con voluptuosidad, y en ella se baña en frescuras de aurora ó se deleita en la apacible oscuridad de las florestas vírgenes.

Una de las ideas dominantes en sus obras dramáticas es la de la muerte, cual podemos comprobarlo en la *Princesse Maleine*, *L'Intruse*, *les Aveugles*, *Aglavanes et Sellisette*. Sin embargo, el llamado por él «teatro estático» ha experimentado una transformación en sus últimos dramas *Mona Vanna* y *Joyselle*, que marcan la última de sus evo-

luciones hacia un teatro de acción y de contraste.

*
* *

Pero si sus dramas nos encantan y nos angustian, sus ensayos nos encantan igualmente y nos apaciguan, nos hipnotizan por así decir por la mágica belleza del verbo y por la bondad inmensa que de ellos emana. Aun al trazar escenas dolorosas de la vida, animadas cual las de un cuadro de Velázquez, aparece en el fondo, ¡cosa bella!, la tierna mirada del poeta compasivo. *L' Intelligence des fleurs*, la última de sus producciones, continúa la serie inaugurada por *Le Tresor des Humbles*, *La Sagesse et la destinée*, *Le Temple enseveli*, *Le double jardin*, y esa «milagrosa» *Vie des abeilles* (decía hace poco Octavio Mirbeau) «donde el milagro consiste en que la ciencia más estricta y la más escrupulosa observación del naturalista, han tomado la forma y el lenguaje de la más elevada poesía».

No es extraño, pues, que se le admire con entusiasmo, que Inglaterra y los Estados Unidos devoren afanosas sus producciones, además de los lectores en la lengua original de este autor, que es uno de los hombres que mejor se dan cuenta de las condiciones vitales de la hora presente, á quien ningún problema coge de nuevas, y que sobre todas las cosas tiene claros y fértiles puntos de vista.

Podría compararse á Maeterlinck con los sublimes soñadores de Mileto y de Elea, pero por su curiosidad infatigable de ciencia, por su moral simple y enérgica á la vez, no podrían escogérsele más dignos rivales que Epicuro y Lucrecio. Son numerosas las páginas de sus últimos libros donde volvemos á encontrar el ordenamiento clásico, la amplitud de las imágines y la poética de *De natura rerum.*

Sus rimas, como su prosa, en que se expresan alternativamente profundos y delicados pensamientos, en intensas ó maravillosas armonías, son como un ala

que roza, como un cordial cuyo dulce encanto, cayendo gota á gota en nuestros labios, se insinúa á nuestros corazones para disipar la amargura y la angustia; tienen los ricos matices y delicadísimas cinceladuras, que convierten cada frase en una joya á lo Cellini, y les prestan «el color del cielo de que hablan y el perfume de la flor que nombran», y después, á medida que se extienden los orbes de su vuelo, su estilo adquiere profundidad de bosque, esplendor de luz, variedad de reflejos, alcanzando hasta las cimas de lo bello.

***

Maeterlinck ha coronado su triunfo penetrando en la felicidad, no por la puerta majestuosa del pensamiento, sino por la brecha del amor, no del amor platónico, especie de sorbete con bizcocho, con su séquito de barcarolas, de lagos y rayos de luna, sino del *amor humano*. Su matrimonio con la célebre actriz Georgette Leblanc le abrió las

puertas de los paraísos prohibidos, hallando que en la voz de su amada gemían cautivos ruiseñores, y que en sus labios húmedos y frescos podía libar azúcar y pimienta.

IV

JULIAN DEL CASAL

A Antonio San Miguel.

"*Amore et dolore sacrum.*"

UNA VEZ más he abierto el cofre de los recuerdos, y exhumado las cartas íntimas y los libros que en generosas dedicatorias me expresan la lealtad fraternal del gran amigo venerado. Semejantes al sauce de Musset, estos libros, aun en vida del poeta, han sido siempre tristes, representando angustias y sufrimientos que son también los nuestros. Sus ritmos nos torturan y nos oprimen. La composición *Cuerpo y alma* fué su adiós magnífico para entrar sin transición en la gloria y legarnos intactos su ensueño y su lúcida visión del arte.

Aunque la inmortalidad no presentase otra forma más evidente que la del recuerdo trascendiendo al porvenir, ella

sola bastaría para ser ambicionada por los que se hallan de tránsito en el miserable esferoide que llamamos tierra. Casal es de los nombres perdurables en la historia literaria cubana.

Fuí amigo íntimo del bardo melancólico, y porque lo amé, porque lo comprendí y con él vivía en deleitable comunión espiritual, puedo asegurar que Julián del Casal, después de quince años que hace nos abandonó, continúa seduciéndonos con sus sutiles y puras confesiones y la voluptuosa elegancia de sus estrofas. Los armoniosos acentos de sus versos de oro vibran con extraño placer en el alma de sus compatriotas, que los recitan con el mismo fervor que se elevan plegarias al Dios desconocido.

Los poetas franceses decadentes y simbolistas, sistemáticamente obscuros, influyeron realmente en la manera del artista cubano, mas no hasta el punto de amenguar su inspiración ni de hacerlo difícil é incomprensible. Sus estrofas se despliegan como muselinas

inmateriales; estrofas de incienso, reveladoras de exaltación íntima, conmovedora y femenina, santificadas por una gloria muy tierna y muy augusta. Las composiciones de su libro *Nieve*—el mejor de los suyos en mi concepto—son espectros de rosas, cadáveres de flores en descomposición, ecos lejanos de las cosas vividas que tienen el claro-obscuro del misterio. En su lirismo magnífico y flotante, místico y doloroso, nos deja ver su bella alma fortificada en los más valerosos sentimientos cristianos. En ocasiones los temas elegidos como fondo de sus poemas, parecen una ficción pavorosa privada de vida y de emoción, ó como las figuras ideales de Burne Jones y de Rosseti, pero es indudable que nunca llega hasta la vaguedad.

No busquemos desde luego en sus cantos el antiguo verso clásico cargado de honores seculares, aunque de él nos ofrezca excelentes modelos, mas tampoco creamos falsamente que tuvo culto exclusivo por el verso nuevo, libre de

rimas y de exigencias prosódicas, producto del wagnerianismo y de la poesía inglesa y alemana. Busquemos en sus obras lo que mejor pudo y supo dar á sus contemporáneos: un frasco de oro puro con muy poca esencia,—la suficiente para perfumar una época,—hecha con millares de flores maceradas, al punto de poder decir que no se sabe si es un espíritu ó una joya su poesía.

Sonetos suyos hay, como el titulado *Oración*, que tienen el tono de plegarias y una armonía semejante al ritmo del corazón. Su mirada se convirtió de preferencia al pasado, que él imaginó menos brutalmente positivo que la época actual, pudiendo decir con Taine: «La antigüedad es la juventud del mundo».

Por lo que toca á su filiación poética, hay que buscarla en la influencia victoriosa y fascinadora de las *Flores del mal*, donde se enumeran todos los pecados modernos, y en los magnificentes *Festones y estragalos* de Louis Boui-

llet; en las pedrerías deslumbrantes de Gautier, y señaladamente en los últimos parnasianos, Leconte de l'Isle, Heredia, León Dierx, hasta terminar en el verbo suntuoso de *Sagesse* y en las sugestiones extrañas y mórbidas de las pinturas de Gustavo Moreau. Pero por sobre todas las influencias extranjeras su musa original se transparenta en sus estrofas, con algo de susurro, de gemido, de inquietud y de confianza al mismo tiempo.

El gran Hugo, semejándose á un Cristo, impuso un día sus manos á Artur Rimbaud proclamándole: «Shakespeare niño». El vate de *Bustos y Rimas* no pudo experimentar esa gloria sino á distancia, cuando Paul Verlaine le escribió diciéndole: «Tú eres de *los nuestros!*» Como lo eran sin duda esos poetas de esperanza muertos recientemente: Ary Renán, Gabriel Vicaire, Albert Samain, Emmanuel Signoret, y el melancólico Charles Guerin.

Aunque transcurran los años, las obras de Casal serán para nosotros co-

mo una copa donde beberemos la inmensa amargura de las cosas tristes, oyéndole cantar como un ángel, ó gemir ansioso como un Jasón blondo coronado de rosas que seduce á la cruel Medea...

ROSAS

I

RAPSODIA PAGANA

A Mario Muñoz-Bustamante.

I

EL FESTIVAL DE LA LUNA

HÉCATE infernal, dispensadora de la luz negativa, centinela de la vida empírea, se ostenta en la plenitud de su disco y proyecta pálidos resplandores desde su templo de ópalo. No olvidemos ¡ oh mortales ! que nuestro helado satélite es mujer, como la música, como la aurora, como el perfume ! Desde que la noche escondió al niño Sol en la isla de Chennis, donde lo alimentaba con vapores y nubes, mientras Tifón y sus compañeros lo buscaban para hacerle pedazos, Hécate ejerce una influencia siniestra, á pesar de lo cual la adoramos en su misterio, cuando la soledad llena el espacio de calma y

los cisnes celebran rondas en los lagos detestando el sol magnífico y brutal.

¿ Qué fin persigue en el cielo la virgen pálida ?

—Yo soy cruel, ávida é insaciable; por eso soy mujer. Yo agoto sin tocar las supremas delicias y río al ver cómo ascienden á mi alma incolora los cantos de los bardos y los juramentos de los amantes. En mi barca selénica toman pasaje las almas de los recién fallecidos para cruzar la onda negra, y al penetrar en mi nimbo vengador, antes de proseguir su peregrinación, me falta el sentimiento para saborear su póstuma agonía.

Soy el guardián del purísimo éter, y la vida generosa y triunfal me sirve de espectáculo lo mismo que la heroica exuberancia de la naturaleza, el tórrido flujo del amor ó el vértigo sin fin de futuras auroras.

Soy la única soberana incompasiva que en su desnudez celeste puede decir al hombre, á la sirena ó al tritón; « yérguete, saluda y ruega !. . . »

II

LAS MANOS DE VENUS

La amable y sonriente diosa, la matinal Afrodita, luego de surgir sobre las ondas, formada por la espuma de Kronos, extendió su boca para sentir en la húmeda púrpura de sus labios el beso voluptuoso de las brisas perfumadas. Más tarde, cubierta aún su piel por líquidas perlas, levantó sus manos semejantes á dos conchas de rosa, y un suave resplandor emanaba de los preciosos miembros, cual la luz de un alma purificada.

Esta fué la primer sugestión de la diosa ejercida sobre el diforme Vulcano, después de haber sido arrojado desde la cima del Olimpio á la isla de Lemnos. Entonces como hoy, en las lides de Cupido la paloma suele cazar al gavilán, y la seducción de Venus habla seductoramente al corazón fatigado del hijo de Júpiter y de Juno:

—¡Ven, Vulcano, viejo horrible;

acércate á gustar la dicha de amar bajo la luz fundida de la primera estrella!

¡ Ven ! La tarde está vaporosa como una muselina ! Escucha, viejo ambicioso, el angelus de amor que palpita en el aire, y así tu pasión se tornará más sutil con la melancolía de la inmensidad nocturna que se acerca !

¡ Ven ! porque la tarde está dulce, amante y seductora, y en el río argentino que desciende de los cielos transparentes, nos deslizaremos como blancas aves á recorrer distancias infinitas sobre las olas del mar !

—Iré, oh mi diosa!, pero déjame antes besar tus manos de nácar y arrebol,—supremo homenaje de la vejez desencantada á la belleza inmortal, y después escribir con mis labios un poema sobre tu boca encendida y tu seno tierno y blondo !... ¡ Déjame depositar sobre tus manos diáfanas la altiva y casta flor de mi entusiasmo !...

Y cuando los labios del dios de la fragua se posaron sobre las níveas manos de la diosa, una melodía espiró en

el espacio como el eco postrero de la onda que se amortigua.

III

CEFIRO Y LA ROSA

Suave y tentador, Céfiro pasó y acarició la rosa, que se columpiaba indolente sobre su tallo esbelto.

—¡ Soy muy desgraciada !

—¿ Por qué ?—respondióle Céfiro.

—Porque no puedo devolverte amorosamente tus caricias ideales. Tú te mueves, tú circulas, revoloteas, subes, bajas, te detienes... yo en cambio, estoy condenada á permanecer eternamente inmóvil.

—Sí, pero á ti te cantan los poetas, y las mujeres elegantes, tus hermanas, te prenden sobre su arremolinada cabellera; eres conocida por tu hermosura y tu fragante olor; el botón que forma tu corola simboliza la castidad de las vírgenes; se te ha asociado á las fiestas de familia y á las solemnidades religiosas, sirviendo siempre como el emblema de

la gracia y de la belleza, y se te encuentra por todas partes, desde Suecia hasta las costas de Africa, desde Bengala hasta las riberas del Hudson... Himnos y sacrificios se te han consagrado, la isla de Rodas se llamó por ti la *Isla de las Rosas*, Salomón te ensalza en sus cánticos, las vírgenes de Atenas y las doncellas de Paros tejían contigo guirnaldas para adornar la frente de los bardos, y las venitas aterciopeladas de tus hojas se comparan con el color de la piel femenina... ¿ De qué te quejas pues, grandísima descontenta ?

—Eres, Céfiro, lisonjero é insultante al mismo tiempo. La felicidad no puede pertenecer á lo que está inmóvil como yo, sino á ti, que representas la volubilidad y la inquietud. Homero te llamó violento, pero tú llevas la vida. Parece mentira que no te enorgullezcas de ser el padre del Amor, al que engendraste dando un beso en los labios de Isis. Ah ! Céfiro, eres tan bello porque eres hijo de los dioses ! A ti se te han sacrificado las ovejas blancas, emblema

de las argentadas nubes que la divinidad impulsa en el cielo; tu esposa, la ninfa Cloris, á quien robaste las islas Afortunadas llevándolas á Grecia sobre tus alas de mariposa, ha palidecido por ti á la llegada de cada otoño creyendo perderte... Y tú, indiferente niño alado, vas vertiendo preciosas flores que sucumben en una agonía de perfumes. Tú que tienes las formas del aire como Juno, déjame entregada á mi destino como una víctima ofrecida al sacrificio, y marcha á recibir las ofrendas que te son gratas...

II

EL TOISON DE ORO

A Armando Menocal.

MARIETA se levantó del sofá en el cual se había sentado cuando llegó. Me sentía inspirado, como diría ó un poeta ó un adepto de la magia. En vez de ir en busca de la belleza, la belleza descendía hasta mí. Traté de tomar una posición, pero me apoderé de un modo nervioso de mis colores y mis pinceles.

Después que se quitó el chal y el sombrero, Marieta se colocó en el estrado diciéndome:

—¿ Empezamos ?

—Sí.

Entonces, con la mayor ingenuidad del mundo, y como si hiciese una cosa muy natural, esta niña—porque lo era—se desabrochó su corpiño; desabotonó sus mangas; dejó caer su traje á lo lar-

go de su cuerpo, lo levantó y lo colocó sobre una silla. Luego, se quitó el cuello que puso encima con cuidado, y tirando del cordón de sus enaguas se quedó en camisa, pues no tenía corsé. Entonces, se sentó, y subiendo la pierna derecha sobre la izquierda, desenlazó sus botines, en la posición que Pradier ha dado á una de sus más lindas estatuas; se quitó las medias, y dejando rodar al suelo su camisa, saltó sobre ella, y con su pie desnudo, la rechazó hacia un lado. Por último, erguida, echando ligeramente la cabeza hacia atrás, y levantando con sus manos sus cabellos que caían sobre sus hombros, dijo:

—¿Cómo debo colocarme?

—Levántate otra vez los cabellos, como lo hiciste ahora poco, le dije.

Así lo hizo de nuevo, pero menos felizmente.

El ardor del trabajo se encontraba en mí multiplicado por una especie de lucha con la fugitiva realidad. Había también mucho de admiración por ese cuerpo que podía contemplar por pri-

mera vez; admiración ajena á toda idea sensual. ¡ Cuán pequeñas parecen las más bellas producciones del arte, comparadas con la obra maestra del Creador ! Comprendí entonces lo que había oído decir tantas veces á mis amigos: *La naturaleza es desesperante.*

Cierto que desde el punto de vista de la proporción, no hay mujeres tan perfectas como ciertas estatuas; y si Dios, aceptando un consejo indirecto del hombre, animase de repente á una de esas estatuas sería, en mi concepto, más perfecta que las bellezas más admirables, formada como estaría de todo lo que el genio del artista hubiera podido combinar con las dotes del Creador; pero Dios no necesita de ese milagro pagano, y la más incompleta de sus obras es, y será siempre, un eterno desafío á la más perfecta de las nuestras, pues ella tiene lo que ninguna otra salida de las manos de los hombres puede tener: la mirada, la sonrisa, la tibia emanación de la vida...

La presencia de Marieta me sumió en

un éxtasis profundo, y loco de admiración, de embriaguez y de pasmo, imité al genio de Urbino, el cual tenía tal veneración por la naturaleza, que se arrodillaba delante del cuerpo de toda linda mujer que le servía de modelo, celebrando lo que él llamaba la *Misa del Arte.*

Marieta se vistió, como se había desnudado, guardando una á una en sus vestidos, todas las bellezas de su cuerpo, como un joyero guarda, una tras otra, en sus estuches, las piedras preciosas que acaba de mostrar.

Para mí no era una niña, no era una joven, no era una mujer: era la mujer Símbolo, Poema, Abstracción, Enigma eterno que ha hecho, que hace y hará vacilar, dudar y titubear como en el pasado, en el presente y en el porvenir, las inteligencias, las filosofías, las religiones de la humanidad.

Tendría diez y ocho años, y era algo como rosa y nieve, vestida de terciopelo y de raso negro, con cabellos de oro que brillaban como los ponientes de los otoños agonizantes. Su madre

podría haber sido un tipo de Rubens, pero ella lo era de Van-Dyck.

Cuando concluyó de vestirse, no pude contenerme, y prorrumpí en admiraciones ante aquel cuerpo que era un himno mudo de gracia y de esplendores. Tenía necesidad de que este sér me perteneciese idealmente por cortos momentos.

Cada uno de sus gestos era una gracia; cada una de sus posiciones, digna de un cuadro.

Era sumamente alegre y cada vez que se reía no podía apartar los ojos de sus dientes de un blanco lechoso como el de la pasta blanca de Sevres, ni de las encías que tenían el tinte fresco y apetitoso de las cerezas. El arte sería impotente para copiar las finas y ligeras ondulaciones de aquel cuerpo, cuya flexibilidad era sorprendente.

Lo cierto es que comencé á tomarle gusto, como á esas melopeas orientales, que al principio parecen discordantes, y cuyo monótono ritmo lo envuelve á uno poco á poco, lo mece y no deja pe-

netrar en el cerebro sino ideas vagas y entrecortadas por su ronca armonía. Ella era la belleza y yo la fuerza... y nos amábamos.

Tenía el corazón repleto. Era amado; me declaraban con talento; se me pronosticaba la gloria y la fortuna, y me sentía con salud, con valor y con esperanza.

Si el genio de los artistas pudiese someterse á un análisis químico, se encontraría una cuarta parte de locura por tres cuartas de amor.

Eva, Pandora, Magdalena, Cleopatra, Friné, Desdémona, Manón Lescaut, Emma Lyona, pasaron por delante de mí diciéndome: «¿Comprendes ahora?» y yo les respondía: «Sí, comprendo».

Había gustado el opio misterioso y tiránico que se llama la mujer, de una mujer faunesca, que parecía haberse extraviado de alguna floresta diabólica, vibrando desde la nuca hasta los talones, y cuyos labios imploran el beso como un pobre que tiene hambre, que tiene sed, que mendiga una limosna...

Pero de todas las bellezas parciales encarnadas en aquella belleza había una que era extraordinariamente avasalladora: su cabellera, que yo en mis prolongados arrobamientos había bautizado con los nombres y las denominaciones más bizarras:

Esplendor blondo;

Serpiente del paraíso antes de desenvolver sus anillos;

Incendio luminoso;

Manto de diosa;

Halo misterioso;

Cirio encendido;

Dombo incandescente...

Pero ninguno nos sedujo tanto á ella y á mí como el de Toisón de oro.

Y así se conserva en un lienzo que es una obra maestra, porque en ella se ostenta Marieta como si hubiese descendido de los cielos, trayendo en la cabellera resplandores de nimbos, y más bella la sonrisa que la boca, y más dulce la mirada que los ojos.

III

LOS MISTERIOS DE LA CONDESITA

MENSAJE LÍRICO

Para la niña Serafina
Valdivia y Huidobro.

PRELUDIO

En el cielo eres una estrella;
En el espacio eres una mariposa;
En la tierra eres una flor.
¿Y por qué no habrías de ser una estrella alada
que tuviese la fragancia de una flor?

*
* *

Condesita Estrella:

Yo he adivinado los misterios de tu sér! He visto tu corazón más transparente que el cristal de roca! He recibido la inefable luz de tu mirada como si fuese el beso de un ensueño; te he visto sonreir idealmente, y me has hecho recordar la inocencia del cisne que lleva un idilio en sus alas de nieve!

Tu cabellera, que parece tejida por la mano de los ángeles, es la noche que

nos hace apreciar mejor la aureola de tu frente.

Tu voz, que tiene las suaves sonoridades de los vasos venecianos, es la música de tu pensamiento.

¡Yo espero que algún día nos reveles los secretos del cielo de donde descendiste!

***

Condesita Mariposa:

Préstale á mi estilo el concurso de tus alas. Después de conocerte, no lamento el haber vivido, porque tú me has revelado que la absoluta pureza, como un ideal supremo, existe en las criaturas como tú, y un rayo de gloria ilumina tus abriles y una primavera invisible te corona.

Cuando reposes á la sombra de los tilos de la fuente, sacude el dorado polvo de tus alas, y crearás á tu alrededor ese dulce reflejo que forma el nimbo de las almas glorificadas.

***

Condesita Flor:

¡Nada te falta, porque tienes la sangre azul del corazón y el patriciado del alma! En tu alba virginal, has entrado ya en la vía luminosa deslizándote en sus ondas de esplendor. Para ti no se desvanecerá jamás la felicidad, porque eres una flor de amor fulminada de un beso del cariño y de la alegría.

Ya le encargué al hada de las ondas que te cante una canción.

*
* *

ENVIO

¡Que este mensaje te diga de mi veneración, oh lirio de candor intangible!

IV

EL MAYOR ENCANTO DE LA CUBANA

A Manuel S. Pichardo.

El caso es difícil, pero muy atrayente, y á mí con los años me ha entrado el amor á lo peligroso. Nada fácil me atrae, porque todo lo fácil me parece vulgar; por eso un tema como el que se enuncia al frente de este artículo tiene para mí la delicia irresistible de la fruta prohibida.

Desde luego que al hablar de la mujer cubana, me refiero á la mujer joven que figura en la sociedad, enaltecida por los prestigios de la educación y perteneciente á una raza superior dentro de la inmensa variedad de las estirpes humanas.

Yo me he aproximado al borde de ese abismo que se llama la «joven cubana», y lo he visto, poseído de vértigo, esmaltado de las más poderosas seducciones; he contemplado á la *femenina*

tropical, y me ha parecido más bella que un trofeo de soles, más espléndida que una pléyades de eternidades gloriosas.

Yo he visto al viajero que llega á nuestras playas ponerse embelesado con la mujer, flor ó mariposa, que anima nuestra vida, que da una nota de color y de entusiasmo en nuestros salones y en nuestras calles, y que cuando pone su pie en tierras extranjeras sacude la tristeza y lo alegra todo con el ruido enloquecedor de sus fanfarrias.

¡Cuántas cosas que ella no tiene se le han atribuído y cuántas que son únicamente suyas se le han negado!

¿Habrá llegado la hora de la reparación? Yo creo que sí. La mimosa criatura, rubia ó morena, resignada ó heroica, es ya por todo el mundo una expresión deliciosa de nuestro pequeño mundo antillano. Todos la quieren, todos la aman; nos la arrebatan orgullosos los extranjeros, la idealizan los artistas y proclaman sus méritos hasta los más adustos.

Si se le mira de cerca, encontramos en

ella la gracia de Manón, la ternura de Ofelia y hasta la eucaristía de la belleza, como en Beatriz, que promete al Dante la visión de los cielos paradisíacos.

Los sutiles analistas del alma femenina: Rabelais, Goethe, Stendhald, Balzac, Musset, Bourget y Prevost, no podrían pronunciar un veto ni aun aproximado acerca de la Eva cubana. La solución más sencilla es la que en todas las cosas se aleja más del pensamiento; por la misma razón sin duda la clave del encanto inefable de la mujer cubana, no le podría adivinar ningún pensador improvisado.

Sépanlo de una vez los curiosos impacientes: la cubana es *ella misma*, y no se parece á ninguna otra mujer. Pudiera asegurarse sin vanidad, que la naturaleza hizo con ella en lo físico y en lo moral, un glorioso ensayo que no se repetirá jamás.

Un francés muy observador, me dijo una vez que la cubana valía porque era una mujer completa, sin parecerse al hombre.

¿Qué había yo de responder, gustándome tanto su opinión? Sin embargo, no me dejaba satisfecho.

Él no se contentó tampoco con mi silencio, y me interrogó á su vez:

—¿Qué le agrada más á usted en la mujer cubana?

Y no pude dejar de satisfacerle, contestando:

Su manera de andar;

Su voz armoniosa;

Su gracia espontánea;

Su sencillez de maneras;

Su dulce mirar...

Mi amigo el francés no pudo replicar de mejor manera que impartiendo su aprobación absoluta á lo que yo acababa de expresar.

A pesar de todo, diré que el mayor encanto de la mujer cubana, consiste en que posee:

La voluntad en la dulzura; la energía en la gracia.

Y sobre todo: en que vive amando y amando muere.

V

LAS POMPAS DE MAYA

Para el Conde Kostia.

YO GUARDÉ por largo tiempo en mi corazón una esperanza que sufría, y que me pedía la libertad, porque la esperanza que se guarda largo tiempo pierde su belleza; su encanto está pervertido, su apariencia se deforma, y si se realizara, no la conoceríamos, porque sería un monstruo de felicidad en descomposición.

Todos los bosques, todas las almas tienen una esperanza que fascina. Yo he salido del bosque donde los pájaros bordan con sus canciones la trama que ha tejido con sus dedos el silencio; y siento que se escapa de mi corazón la vida, hora por hora, y el amor beso por beso. He roto las alas de mi ensueño.

¡Mira, Hamlet, como se muere Ofelia...! ¡Mírala partir sobre el agua pá-

lida como un sueño que se olvida!... Ya no cogerá más flores ni cantará más canciones!

La esperanza renace en mí en un divino símbolo y su forma externa; una Esperanza admirable que guarda la frescura que tenía en la fábula.

La gran culpable de estas vacilaciones y de estas alternativas, es la gran Maya, la diosa de la ilusión y de las apariencias, que nos tiene cautivos en sus mallas, mediante la más dulce de las esclavitudes.

Maya es todopoderosa en la estación florida, en que seres y cosas están penetrados de nueva savia, en que la naturaleza está como ebria de vida y de maternidad, y los arbustos se retuercen con las convulsiones de su apasionado eretismo, y los nidos palpitan y cantan, y las flores se desean, se buscan y trémulas inclinan sus corolas desmayadas de amor, y cada hoja, cada rama, cada árbol, se asocian para celebrar el gran jubileo de Eros y Anteros.

Entonces es cuando el divino Deseo

transfigura los seres que lo sienten; y entonces comprendemos que sólo en el amor, en el heroico ardor de la especie que quiere durar existe todo el sabor de la vida, olvidando la pura y serena gloria de nuestro origen. La tempestad de los apetitos y deseos ruge á nuestro alrededor y somos juguete de las emociones.

¡Oh Maya! tú eres la gran culpable! porque mientras la naturaleza inferior no sea un animal sobre el que cabalgamos, no podremos oir la voz divina que se oye únicamente en presencia de las cosas eternas, cuando el aire mismo está inmóvil y el reposo es profundo... sólo entonces reina la voz que es más tranquila que el silencio.

Tú nos dejas contemplar la luna, que en las noches tiende su arco tembloroso en el éter, mientras los enamorados suspiran dulces epitalamios, y haces que las mariposas se bañen en el oro de los besos matinales del sol. Y nos dejamos conducir por esta invitación á las lejanas peregrinaciones, espaciándonos

en el más prolongado fervor de éxtasis.

Nos tiendes el lazo de la belleza—¡la inefable!—y caemos experimentando un goce en una pena, porque todo lo que es soberanamente bello encanta y tortura á la vez, exalta y exaspera...

La duda nos perturba. ¿Cómo encontrar almas infantiles en la carne excesivamente pervertida? ¿Cómo descubrir las violetas del pudor sobre rostros que parecen sólo reflejar cálculos mezquinos? Queremos recibir las ondas puras que vienen de las cimas, bajo la mirada del cielo triste y dulce.

Tal parece que eres ¡oh Maya!, á través de tus esplendores, un prodigio de iniquidad. Nos ofreces el bello y gracioso fantasma de Eva, y este sér delicado nos oprime desplegando en gestos ondulantes los artificios de su seducción, más encantadora que el sol cuando nos envía su luminosa sonrisa, ó cuando, al desmayarse en el horizonte, pone un friso de oro al inmenso palacio azul, mientras oímos las baladas de los arro-

yos, ó contemplamos las fuentes de agua pura que darían envidia á las palomas.

Te muestras espléndida en los templos helénicos: en la gracia esbelta y como abandonada del orden jónico; en la calma del dórico; en la voluptuosidad del corintio, y si al brindarnos el fruto prohibido, se cierran las puertas del paraíso, tú serás también, la que, mediante el amor, abrirás nuevamente el maravilloso jardín. Al darnos el amor nos has vuelto dichosos, y de la primera falta—*felix culpa*—saldremos por el milagro del amor y por la perfección misma del amor, triunfantes del mal, realizando la armonía de la vida, en esta tierra donde tú aminoras el sufrimiento tejiendo un vestido fascinador á las propicias ilusiones.

VI

LA LECCION DE AMOR EN UN PARQUE

A Alfredo Martín Morales.

BAJO un copioso laurel, de sombra protectora, *él* y *ella* ocupaban un banco. Y se cambiaban miradas y se hacían tiernas confesiones, porque sí, porque eran jóvenes y sus ardientes corazones palpitaban. Ella ignoraba el arte de los besos dulces y de las coqueterías que enloquecen al hombre; pero ¿necesitaba ella quién le enseñase lo que todas saben por instinto? Lo cierto fué que la niña blonda, embelesada con la presencia del galán, con su apostura y sus palabras encantadoras, se olvidó del tiempo y del lugar, y sólo atendía al que la iba á iniciar en la ciencia del alma, que es la ciencia de la pasión,—la única ciencia.

Él tomó la palabra, y le aprisionó las manos diciéndole:

—Nunca te entregues toda entera; deja un poco de misterio guardado en tu sér, de modo que siempre cuentes con una reserva de ilusión que brindar á la inquieta curiosidad del hombre. Es menester que seas maligna sin dejar de ser bondadosa; la malignidad añade colorido y sabor á la mujer, y el hombre, que sólo pide ser engañado, codiciará más y más lo que es causa de su desesperación. La mirada es un gran medio de comunicación. Con ella se aprueba y se desaprueba, se envían mensajes de íntimo reconocimiento y amargos reproches, de esos que hieren sin provocar una ruptura.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el «Amor»? ¿Es así como se retiene cautivos á los hombres? ¿Cómo es que tú siendo hombre me revelas esos secretos? Créeme, ó eres muy tonto ó eres muy pillo.

—Un poco de todo. Los hombres somos así, cuando se trata del duelo de los sexos en el amor. Aleccionamos al enemigo, lo armamos, y luego nos da-

mos el deleite de batirnos con él para vencerlo. Tú eres mujer, hija de Eva, deshojaste rosas en el Paraíso y has venido al mundo á tender un lazo á la fatuidad del hombre moderno, que conserva en medio de la civilización, los instintos del gran mono de que descendemos. Yo soy un filósofo del amor retirado por precaución, sin que me declare vencido; y tú, linda inexperta, me inspiras el deseo de guiarte en la batalla mundana. Tú dirás como tantas que comienzan: «Ya es mío, me quiere y satisface mis caprichos; sueña con mis gracias profanas y compone con la imaginación escenas para el porvenir. ¡Ya es mío!» Pues bien, mi querida Gloria, todo eso es construir castillos en el aire. Eso con que sueñas puede suceder, pero luego vienen las decepciones, el tedio, el aburrimiento, y por último, el odio, terrible, inevitable. Acaso el convento, el hospital ó el manicomio.

—Te suplico me economices los sermones. Me prometiste enseñarme á amar y hasta ahora sólo me dices... pa-

labras, palabras... Yo no sé, pero me parece que el amor es mudo, que se exhala como el aroma de la flor, silenciosamente... ¡ No sé !

—Yo amé á una mujer que me causó terribles sufrimientos, y á pesar de mi experiencia, me dejo sorprender todavía por el encanto de esa visión fantástica, y me dan tentaciones de repetir esta frase de los melancólicos: « No fué más que una visión, pero no existe la felicidad en la tierra.» El gran placer de amar consiste en amar. La lengua no refiere nunca con sincera desnudez todo lo que sentimos. El hombre como la mujer necesita renovación y acción...

—Ahora sí que me interesas; ¡ qué bonito es todo eso ! ¿ Sabes una cosa ?

—¿ Qué ?

—Que me parece que te quiero, y te declaro un docto profesor de la ciencia del corazón.

Y, cogidos del brazo, abandonaron el parque, soñando, soñando, como si llevaran una música en sus almas.

VII

DOS ALMAS

CUENTO ASTRAL

Á Uhrbach,
(Poeta)

Los dos acabábamos de morir. Tu alma, esencia de tu bello cuerpo, elevábase en el límpido cielo enlazada á la mía, y nuestras alas herían sin ruido el éter silencioso.

Tu cabeza encantadora apoyábase sobre mi hombro, mis miradas acariciaban tus grandes ojos negros, velados por largas pestañas, y mi brazo que oprimía tu esbelto y flexible talle, se perdía entre los bucles de tu blonda cabellera.

El inmutable amor parecía reposar en nuestros labios, y nuestros seres, despojados del fango terrenal, aunque conservando sus primitivas formas, iluminábanse en divino esplendor.

Habíamos franqueado ya los límites

de nuestro globo. Venus, Saturno, Neptuno y todas las constelaciones que forman nuestro sistema planetario, brillaban y extinguíanse alternativamente y ya el radiante Sirio desaparecía en la azulada inmensidad.

Gravitando en los espacios celestes, me hablabas tú de lo que habíamos sido; tus labios que la muerte no había podido marchitar, estaban más sonrosados, y tus ojos, que la *Intrusa* no había logrado cerrar, temblaban como chispas, cuyo fuego se desmayaba al atravesar las sombras que formaban las arcadas sedosas de tus párpados indolentes.

Y me decías:—«En otro tiempo tú cantabas á la naturaleza y al amor; recorrías, lira en mano, los campos y las florestas; asilado en los trigos ó al pie de un roble, preludiabas canciones en tu laúd inspirado. Lágrimas y sonrisas había en tu voz. A tus himnos, tan pronto alegres como melancólicos, siempre apasionados, Faunos y Ninfas se congregaban, danzando y dándose la

mano, huyendo y persiguiéndose, marchando en parejas á la sombra embalsamada de las frondas, ó volviendo hacia ti para llorar sus fugaces amores!

Un día, en que yo escuchaba los acentos conmovedores de tus cantos, me acerqué junto á ti, y al verme, tus oyentes de costumbre se alejaron, y las notas de tu lira tornáronse graves, tus miradas buscaron las mías, me acerqué aún más, y nuestras manos, nuestros corazones y nuestros labios palpitaron al encontrarse.

Desde ese día cantas tú á la mujer.

Yo te acompañaba por los caminos que el sol ilumina y por las alamedas sombrías; mi voz juvenil se unía á la tuya, y los pájaros venían á oirnos y las flores parecían gozar comprendiéndonos, porque al lanzar nuestros acentos balanceaban dulcemente sus flexibles tallos y sus dulces corolas.

Así vivimos toda una primavera.... ¡Inefable recuerdo el del amor! ¡Goce anticipado de la dicha suprema que nos estaba reservada!»...

Y yo te respondí:

—« Hemos vivido toda una primavera estrecha y deliciosamente unidos, y nuestra primavera no tendrá ni verano, ni otoño, ni invierno: porque la muerte que nos da la vida nos promete la eternidad, fundiendo nuestros seres en uno solo para espaciarse en lo infinito!

Oh! mi bien amada!, ayer, cuando tus ojos buscaban mis ojos en el momento de sucumbir nuestro cuerpo carnal, sentí que mi alma rompía los lazos que la unían á su grosera envoltura y que volaba hacia la tuya para unirse á ella. Una sola inspiración levantó nuestros pechos, un solo grito de amor ha saludado nuestra entrada en la eternidad!»

Y hablándonos así mi sér se refundía en tu sér, y nos confundimos, y siempre ascendíamos, no formando sino una misma alma... Luego nos separamos semejando dos nubes que se enlazan, se separan, y se ciernen tranquilas unidas en el cielo!

La inmensidad nos pertenecía, marchando de estrella en estrella. De vez en cuando nos deteníamos en oasis murmuradores ensombrecidos por una vegetación desconocida en la tierra, y que exhalaba perfumes embriagantes: ambrosía, cinamomo, mirra, incienso reunidos, no encantarían el olfato como nos encantaban las emanaciones de estos árboles celestes.

Con frecuencia nuestras alas se matizaban bajo las claridades cambiantes de los diferentes soles que atravesábamos; y todos estos globos movibles y centellantes semejaban flores que esmaltaban la radiosa planicie de la inmensidad.

Abandonando después las altas regiones, volvimos á la tierra, dirigiéndonos al lugar solitario donde nuestros amigos habían depositado nuestros despojos mortales. Sobre nuestras tumbas algunos cipreses cruzaban sus ramas, en las cuales los pájaros habían formado sus nidos. Lirios, rosas y miosotís balanceaban sus tallos en medio de las yer-

bas y se mezclaban con las hojas acumuladas por los vientos en su carrera. Tres ó cuatro coronas de siemprevivas, ennegrecidas por la lluvia ó por los candentes rayos del sol, se ligaban entre sí, mediante los argentados hilos de inteligentes arañas, y las inscripciones que recordaban la fecha de nuestra muerte, desaparecían borradas por los años.

Largo tiempo pasamos en delirante ensueño en el campo del olvido, y yo te decía:

—«Todas estas tumbas soberbias, todos estos epitafios de donde los lamentos, las lágrimas y las esperanzas parecen brotar; todas estas pompas y estos ornamentos funerarios hacen más mudo este silencio y más profunda esta soledad; porque la hipocresía y la vanidad los cubren y forman á su alrededor un velo de desamparo desgarrador!»

Deshojamos algunas rosas en las yerbas del fúnebre sendero, emprendimos excursión con rumbo á los bosques que

habían sido testigos de nuestros amores, cuyos ecos habían repetido nuestras canciones y volvimos á sorprender nuevas parejas en la sombra; asistíamos á sus caricias, y éramos testigos de sus juramentos, diciéndome con tu voz seráfica:

—«El tiempo no puede destruir lo que es más poderoso que él: el Amor es inmortal, porque allí donde hemos amado, otros siguen amando, y después otros amarán todavía; y más durable que el recuerdo de los hombres que se detienen ante el mármol del sepulcro, está el juramento del corazón que se prolonga más allá de la vida terrestre, transformándose en un abrazo inalterable entre las almas.»

Hablándome de este modo, volviste tu lindo rostro hacia el mío y me diste el más divino de los besos!

También visitamos á los que conocimos y nos habían amado; pero absorbidos por sus ocupaciones ó sus placeres, sus pensamientos no llegaban hasta nosotros. Ya que habíamos sido olvidados

en la tierra, emprendimos bien pronto el camino del cielo, y surcando los esplendores del empíreo nos perdimos de nuevo en las profundidades de nuestro amor.

VIII

BESO DE VIRGEN

A Antonio Herrera.

Mi amigo Alberto se sentía morir, sin saber qué mal le aquejaba. Los placeres no le hablaban ya en el dulce idioma de la ilusión, ni la vida en general encerraba para él otra cosa que tedios mortales. Afortunado como pocos, gozaba el privilegio de la seguridad, tan deseado por los que libran la subsistencia á expensas del personal esfuerzo.

Los camaradas de otros días, que tanto empeño pusieran siempre en procurarle distracciones y regocijos, pesábanle con pesadumbre inmensa y hasta le exasperaban con sus chistes y ocurrencias á patrón fijo.

Luego solía preguntar á alguno:

—¿Será cierto que todavía queda algo nuevo que ver y sentir en el mundo?

Y si es así, ¿dónde se encontrará? ¿dónde tengo que buscarlo y en qué consiste ese desconocido de quimérico esplendor?

—No hay razón para desesperar,—le respondían,—el mundo es muy grande, y aunque lo has recorrido ya varias veces y en diferentes estados de ánimo, aún guarda novedades y sorpresas que sería grato disfrutar, sobre todo á un alma tan estragada como la tuya.

—Sí, decía, hay que intentar algo. El lema inglés, *vale más gastarse que enmohecerse*, es digno de ponerse en práctica. El amor no sirve para nada; y como el autor del *Eclesiastés*, he encontrado la mujer «más amarga que la muerte». El trabajo consuela y fortifica, pero es cuando nos proponemos un fin, y yo no tengo ninguno. El esplín me consume, y urge buscar un remedio que concluya con este mal que me acaba silenciosamente.

Y al expresarse así, dejaba conocer todo el cansancio de su espíritu, dudoso y pesimista, sin un girón de aurora en su vago horizonte.

Sus íntimos, los *clubmen* más en boga, se hacían lenguas del estado de su compañero. Alberto vivía desde hacía algunos meses en plena novela. Acordaron, pues, traerle á la realidad, demostrarle que aún quedaban en el mundo sensaciones que él no había probado, alegrías que permanecían castamente puras en su pristina sencillez. Los viajes no le entusiasmaban: ¿á qué viajar cuando se tiene el disgusto anticipado de lo que se ha de contemplar? Quedaba la ciencia. Ah, la ciencia!.. pero esa es una matrona muy rígida que carece de serenidad y poesía. La ciencia—al menos la ciencia aplicada de nuestros días—se ha tornado antipática y sin seducción para los que suspiran por la enigmática poesía de las cosas.. La ciencia tiene sus oscuridades, la ciencia tiene sus dudas, tan desesperantes como los tenaceos del remordimiento ó los estertores del envenenado. La religión... es un gran consuelo, más ó menos eficaz, según el alma cuya tribulación se trata de aliviar; pero la religión

está bastardeada en su sublime objeto; en vez de tener como término de esperanza la redención de los pecadores y la glorificación de los buenos, hállase convertida en insustancial ritualismo, quedando sólo allá en la dulce penumbra del pasado la inefable esperanza, la agonía sublime de la cruz, la postrer mirada del Cristo bañada en tornasoles de amor y piedad.

Alberto experimentaba la necesidad de creer; la fe se le presentaba como una blanda y dulce almohada, y á ejemplo de los atenienses del tiempo de San Pablo, adoraba al Dios desconocido.

La zozobra que se había apoderado de los compañeros del joven, llegaba á su término.

El médico había pronunciado ya su fatídico discurso: *nada puede hacerse.*

No restaba sino la desesperación de la impotencia, que da una gran fuerza.

¿Qué se haría por Alberto? Tal era el problema que una anciana, tenida por hechicera y mujer de gran cuenta, vino á resolver, manifestando al grupo

de amigos impacientes, que para el mal de Alberto había remedio como para todas las cosas de este pícaro mundo.

—¿Cuál, cuál?—interrogaron todos casi en coro y anhelantes.

—Cosa muy sencilla y que él, vuestro amigo, desconoce,—dijo la bruja en tono de misterio.—Lo que vuestro amigo necesita para recobrar la vida, y la fe, y el entusiasmo, y la sonrisa . . es un beso de virgen, que hace soñar con el cielo. No hay otro remedio. Id y decídselo, y que vaya por el mundo hasta que encuentre una virgen pura, una flor ideal que perfume su existencia de joven triste.

IX

LA FUENTE

A Hernández Miyares.

En el bosque, en el fondo de un claro, entre musgos espesos salpicados de aromosas violetas, brota en hirvientes gotitas, la fresca y límpida fuente.

Y en el silencio que sólo perturban los mirlos bulliciosos y los pinzones parlanchines, desgrana ella las tímidas notas de su canción argentina, en el bosque, en el fondo de un claro, entre musgos espesos y aromosas violetas.

Fuentecilla, ligero manantial, que murmuras y cantas, ¿tu canción es melancólica ó es festivo tu ensueño en el desgranar argentino de tus hirvientes gotitas?

¿Eres un sollozo de amante abandonada ó el suspiro de una mujer dichosa? ¿Eres una hidriada que llora, una

driada que desfallece, una náyade que se divierte?

La ninfa Eco no lo ha repetido y nosotros ignoramos el secreto de los dioses todopoderosos, que transforman á los mortales por ellos amados en fuentecillas y en ligeros manantiales, que murmuran y cantan.

En sus ondas borboteantes, frescas y límpidas, los mirlos bulliciosos y los pinzones parlanchines vienen á apagar su sed, cuando su garganta se halla fatigada por los cantos sonoros que, desde que el alba sonríe, rompen el silencio de los bosques en sus profundas claridades.

¿Quién eres tú, pues, fuentecilla, ligero manantial?

Tu romanza es melancólica como la canción del poeta bajo la mirada de las estrellas, en las noches de otoño; tu sonrisa es alegre como el hosanna del corazón de los hombres en el cielo dorado de las nuevas primaveras.

¿Es la melancolía, es la alegría lo que, gota á gota, tú destilas en la solemne

paz de la naturaleza, entre los musgos espesos salpicados de violetas aromosas?

¿Quién nos lo dirá jamás?

Los sollozos de las amantes abandonadas son tan cercanos de los suspiros de las mujeres dichosas en la vida de los mortales, que jamás se distinguen las hidriadas que lloran de las driadas que desfallecen ó de las náyades que se divierten.

Todo lo que tú sabes, es que surges de los grandes bosques silenciosos, en medio de las profundas claridades para marchar hacia tu destino, hacia el torrente avasallador ó hacia el Océano infinito, donde se pierden, como las lágrimas de los desgraciados en la inmensidad del sufrimiento, tus gotitas hirvientes que brotan de los macizos de violetas aromosas, con tanta timidez que la ninfa Eco no repite su canción argentina.

¡Oh, fuentecilla que murmuras entre los musgos, los musgos espesos, los musgos que doran las tardes suaves de

los otoños ó que ensombrecen los soles ardientes de los veranos, no nos recuerdes ¡por caridad! otra fuente, tan dulce, tan bienhechora, donde apagamos nuestra sed cuando estamos fatigados de haber cantado, como los pinzones parlanchines y los mirlos bulliciosos, los deseos, los dolores, las alegrías, las tristezas de la vida que nos envían los dioses que transforman á las criaturas mortales que hemos amado, en fuentes insondables de melancolía ó de placer..

X

SUEÑO DE OPIO

A Francisco García Cisneros.

He oído decir que dos tórtolas vivían juntas en un mismo nido, y cuchicheaban sus secretos en una misma habitación. El polvo de los celos no había caído jamás sobre sus almas, y las angustias del infortunio no habían herido nunca su corazón.

¡Qué felices eran esas tórtolas!..

El persa Nakshebi me ha hecho saber que el hombre que desea gozar de su bien amada, debe ser activo y diligente. Ah! si yo pudiera reposar una noche sobre el seno de mi amada, creería tocar el firmamento; pero sólo he experimentado las penas del amor y el veneno de la ausencia! La noche está dulce y soñadora y la rosa envía la noticia al ruiseñor. El ruiseñor entonará su canto melodioso y entonces mi alma se

cubrirá de lágrimas lo mismo que los árboles se cubren de perlas de rocío.

¡Amada mía! Si algún día el céfiro dispersa el perfume de tus cabellos sobre mi tumba, cien mil flores brotarán de la tierra donde mi cuerpo fué enterrado. Yo no sé lo que la rosa dice entre tus labios que atrae los ruiseñores con sus tonos plañideros, y paréceme que el cielo ha esparcido sobre tu cabellera la claridad y la belleza de las pléyades.. Tus cabellos serían dulces si su perfume dimanara de tu carácter..

El día se anuncia hoy con estremecimientos de vida; la aurora sonríe en su candor matinal y tiñe de púrpura los cielos. ¿Sabes lo que me dice el ruiseñor de la mañana? ¿Qué clase de hombre eres tú, me dice, que puedes ignorar lo que es el amor? Lo que yo sé es que el sendero del amor es un sendero que no tiene fin, y en el cual no hay más recurso para los amantes que entregar sus almas..

La claridad del rostro de mi amada es más espléndida que las mejillas del

día, y sus cabellos son más oscuros que la noche. La luna mística, la casta Belinuncia es brillante, pero tu rostro es más brillante que la luna; la palma es esbelta, pero el cuerpo de mi amada es más esbelto que la palma. ¡Oh cielo, presérvala de la ruina!

Mi amada es muy rara: está ávida de felicidad, de pasión y de sufrimiento. Mi alegría es un jardín del cual ella es la rosa; por ella he sufrido indecibles tormentos que ella ha adivinado sin duda, porque es un Argos que lo ve todo.

Mi amada es una gloria en el mundo de la forma, y sólo le faltan las alas del triunfo para ser conducida en apoteosis en un carruaje sagrado tirado por leones ó por elefantes, llevando el yelmo en la cabeza como Palas ó en su frente la media luna de Bizancio. Mas yo preferiría que fuese una amazona coronada que dispusiese de una quimera ó de un pegaso para volar, deslizándose como una estrella cuyos resplandores fuesen de los más resplandecientes..

...¡Qué grande es mi felicidad esta

noche!.. Mi corazón realiza hoy sus deseos y la fortuna le es favorable... Ahora estoy lejos del ruido de las florestas, de las lamentaciones de los hombres y del furor de los mares, y sólo penetra en mi palacio la luz coloreada por los cristales pomposos, imponiendo á las baldosas que forman el pavimento mosaicos de lápiz-lázuli y de sangre.

Ahora, en la bella poesía del amor, siento lo que es la vida, con seres y cosas flotando en el gigantesco movimiento de la realidad;—amor y juventud que no son sino la necesidad de la caricia y del ensueño.

Los amantes somos así, y á los ojos de los juiciosos gastamos nuestra imaginación en futilezas admirativas. ¡Pobres gentes!; no saben que la imaginación, como la mariposa, no es bonita sino removiendo sus alas, porque la inmovilidad la apaga y la destruye. La fantasía bizarra de un apasionado por las cosas desconocidas, es y será siempre más interesante que los cálculos de un burgués desprovisto de

alma, ó los de un egoísta vulgar. El amor glorifica la eterna belleza de la mujer, en cuyos dulces labios se bosqueja una sonrisa y en cuya mirada brilla intensamente el resplandor de la pasión. Venus está aún inconsolable por la fuga del amor, y sigue pidiendo á Psíquis el Toisón de Oro.

XI

INDECISION

MONÓLOGO

A Evangelina Adams.

Un salón ó *boudoir* elegante.—Puerta al fondo.—A la izquierda, en segundo término, balcón.-A la derecha, en segundo término, puerta que comunica á un gabinete.—En el centro un velador, y sobre él algunos libros, ilustraciones, modas, y un álbum con fotografías.—Espejos, consolas, jarrones con flores, un reloj. Muebles lujosos.—Alfombras.

(La actriz que represente este monólogo, saldrá vestida en traje de baile ó de *soirée*, y al levantarse el telón, aparecerá saliendo del tocadòr, prendiéndose sobre el pecho un ramo de flores.)

SUSANA.—Decididamente soy muy bonita. El espejo, que es un amigo poco mentiroso y que no adula, así me lo dice. Ya gozo por anticipado de mis victorias en el cotillón. Allí estarán María, Julia y Rosa, las amigas de broma y confidencias. (*Mira el reloj que está sobre la consola.*) El reloj marca las nueve y media, y al sonar las diez, ya estaré instalada en el carruaje que me lleve camino del baile.

(*Asómase al balcón.*) La noche no puede estar más hermosa ni el aire más agradable. ¡Cómo estarán aquellos salones, iluminados por grandiosas lámparas como mundos de luz, centelleando sobre los grupos de bailadores, y la música, rumorosa y acompasada, enloqueciendo los sentidos... (*Exaltación.*) Y allí estará Raimundo... el Raimundo de mi corazón, alma de mis ilusiones; el que sería capaz de escalar el cielo y traerme una estrella si yo se la pidiese... Y también estará Claudio, (*con fastidio disimulado*) ese cincuentón soso y petulante que pretende deslumbrarme con su cartera... La verdad es que los hombres son insoportables, (*con ironía*) ¡lástima que sean tan necesarios!... Si las mujeres les oyésemos cuando hablan de nosotras... llegaríamos á suprimirlos. Para ellos las historias de amor son como una hermosa colección de botellas vacías... (*con convicción y gracia*). Y cómo pierden el seso al oir el fru–fru de las faldas perfumadas, y cómo se ponen bobos al ver una manita atrás, (*recoge*

el traje dando algunos pasos) y al contemplar las curvas de un pie pequeño (*enseña el pie*)... (*Transición.*) Raimundo no es un millonario ni mucho menos, pero me ama, sí, me ama y sería capaz de cometer por mí las mayores locuras... ¡Ah! (*suspirando*) si sólo soy feliz con pensar en él, con recordar los menores detalles de su persona, y revivir, minuto por minuto, las horas deliciosas de nuestro primer encuentro en casa de los Dufré... Allí estaba también el meticuloso Claudio, hecho un bazar de prendas y fastidiando á todos... (*con emoción apasionada*) ¡Qué seductor estaba Raimundo! ¡Qué noble y arrogante alma la que se manifestaba en su gran cuerpo elegante! ¡Qué extrañas, misteriosas profundidades las que se adivinaban en sus ojos voluptuosamente tristes, y qué alegría tan desdeñosa la que se dibujaba en sus labios!... Y luego... aquella cacería de fieras tan bien contada, donde se portó con tanto valor... (*Transición.*) Por cierto que sin demostrarlo, puso á Claudio

en ridículo. Y qué triste es para un enamorado que lo despoeticen delante de la mujer que pretende. ¡Cómo se amoscó y rabiaba por dentro... y cuánto gocé con aquella situación del millonario... y eso que el dinero da mucho aplomo y arrogancia. Desde aquel instante le pertenecía á ese Raimundo, que tiene algo de fatal en su persona; quería luchar contra su influencia, y no podía. Me encontraba bajo el imperio de esas miradas con que los libertinos saben envolver á la mujer en cierta época de su vida... la época en que todo ha despertado; en que el fresco y tierno capullo se transforma en rosa lozana desplegando todas sus gracias. Está una como sobre los bordes de la vida, y la oye sin verla, como el rumor de una caída de agua á través de un bosque frondoso... ¡Cuánto nos embriaga ese ruído, llenando nuestro corazón de esperanzas! (*Con emoción.*) Qué lejos estoy de eso! Yo he soñado con esos idilios castos y ardientes en que mi inocencia de joven envolvía la pasión en

una penumbra de poesía... Ví á Raimundo, y empecé á sentir por ese hombre así adivinado, una de esas curiosidades tan fuertes, casi insensatas, que señalan el desvío de la mujer... Bien recuerdo que en casa de los Dufré, durante la comida, espiaba sobre mi fisonomía una emoción dulce, una debilidad de mujer, uno de esos *sí* de la mirada, que desmienten el *no* pronunciado por la boca. (*Transición jovial.*) Claudio... no es Raimundo, qué va! Pero tiene oro, mucho oro, y podría dominarlo á mi antojo hasta ponerlo como un cachorrito. Es fatuo, y no es del todo despreciable... Su vida está concretada á mostrarse adinerado, vestirse bien, jugar á las cartas, montar á caballo... y galantear á todas las mujeres. (*Vacilación.*) Pero con su dinero... ¡cuánto se puede hacer! Qué perspectiva para una mujer como yo!... Carruajes tirados por magníficos caballos... veraneos... automóviles... paseos... *soirées*... recepciones; los mejores modistos trabajarían para la señora Susana, y mi cabellera

negra soportaría orgullosa el peso de refulgente diadema... Tendría palco en el teatro y gozaría viendo cómo se fijaban en mí todas las miradas... Y en todas las fiestas se me declararía reina... pero... y *lo otro* ¿quién lo aguanta? Porque Claudio es muy indiferente. Pasearse una con un marido de alfeñique. No, no; no, no. Jamás podré amarle de veras. Ese hombre no puede tener inspiración en las caricias; si no sabe ni mirar... y hasta que se muera será lo mismo, sin pizca de malicia.

Aquí está su retrato y el de Raimundo. (*Toma el álbum, y saca dos fotografías.*) Comparemos. (*Toma una fotografía en cada mano.*) Este es Raimundo (*Acerca la fotografía que tiene en la mano derecha, mírala con apasionamiento y la besa repetidas veces.*) A ti (*hablando al retrato de Raimundo*) te llevo aquí (*lo pone sobre el corazón*). Y á ti (*hablando al de Claudio*) aquí (*poniéndoselo sobre la frente*). Artística posición (*riéndose*). Un poema moderno: dos hombres que dominan á una mujer

y una mujer que engaña á dos hombres... Vamos á ver, (*hablando á los retratos*) caballeros. Usted (*al de Raimundo*) que está (*sobre el corazón*) más abajo, está más *alto* que el otro; y usted (*al de Claudio*) que está más arriba, está más *abajo.* Supongamos que soy una balanza; y supongamos que allá arriba (*señala al espacio*) está Cupido disponiéndose á disparar sus dardos. Comienza la operación de peso (*balancea los brazos, teniendo en cada mano un retrato*)... A ver (*balanceo incesante*). Pues, señor, (*señalándose*) esta balanza no está en el fiel. (*Toma un retrato en cada mano y prosigue.*) Qué cosas tan diferentes expresan estos dos hombres. Raimundo: juventud, besos, pasión, deleites, ilusión, orgullo, poesía... Claudio: brillantes, París, Londres, Venecia, los almacenes del Louvre, el joyero Fontana, el modisto Paquín, chalets, salones, servidumbre.

Raimundo... salud, valor, dignidad, bienestar, y una parejita de serafines revoloteando en torno nuestro, como

los amorcillos pintados por Chaplin.... Claudio.... aburrimiento, tedio, reuma, gota y gastritis.... y sobre todo, oro, oro, mucho oro.... ¡Qué difícil es decidirse!... Raimundo... no; mi palabra es para Claudio. Oh! el oro. Raimundo... Claudio... sí, no; no, no. Y lo más grave es que en el baile se hallarán los dos. Ambos se disputarán mi brazo, y rivalizarán en obsequios á su reina. ¿Me quedo con Raimundo, ó me quedo con Claudio? ¡Qué duda tan cruel! (*Se fija en el reloj.*) Las diez! se acerca la hora del baile y me esperan (*toma el abanico. el boa y el abrigo y mírase al espejo.*) Claudio... Raimundo... Claudio... Yo me encuentro muy perpleja... digan ustedes (*al público*) quién triunfará?

TELÓN RÁPIDO.

XII

PROMESAS

MONÓLOGO

INSPIRADO EN "UNE VIE" DE MAUPASSANT

A Luisa Martínez Casado.

Sala decentemente amueblada.

Escena única.

GLORIA.—¡Ocho meses de matrimonio! ¡Ocho meses de desencanto! Cómo acuden á mi memoria en medio de mis tristezas actuales, aquellos días venturosos de joven soltera; mi cuarto lleno de monerías; mi lecho con sus cuatro columnas finamente acanaladas, que levantaban una cornisa de rosas y amores enlazados. Cuando el insomnio me atormentaba, abría la ventana para que entraran oleadas de luna, que acariciaban débilmente los amorcillos inmóviles de la cornisa. Una noche, bien me acuerdo, me dijo mi padre: «Ponte guapa mañana por la mañana». —¿Por qué, papá?, le pregunté. Y él

me contestó:—«Es un secreto». Y cuando al otro día bajé del cuarto, muy hermosa, vestida con traje claro, encontré la mesa del salón cubierta de cajas de bombones y en una silla un enorme ramo. Me entregué á la felicidad de soñar, á la consideración de unir mi destino al destino de Antonio. Una gran simpatía, cierta afinidad me unía á aquel hombre, que en la muelle blancura de una noche, me deslizó sus ardientes declaraciones, que me produjeron humanos estremecimientos y que eran como un soplo de felicidad. ¡Pensaba en el amor! Él, Antonio, era ya lo único que amaba; él nada más. Yo me hacía los más deliciosos proyectos: nos pasearíamos bajo el polvo luminoso que cae de las estrellas. Cogidos de la mano, unidos uno al otro, andaríamos oyendo latir nuestros corazones, sintiendo el calor de sus hombros, unidos por el inmenso poder de la ternura, continuando siempre así en un afecto indestructible. Ah!...

En los transportes de mi alma enlo-

quecida, me parecía abrazar un sueño. Siempre le esperaba... ¡Si será él! Y aplicaba el oído, escuchando con ansia los ruídos de la calle, para ver si distinguía sus pasos. ¡Cómo nos gustaba pasear por el campo! ¡Qué bueno es el campo!

Hay momentos en que quisiera ser mosca ó mariposa para esconderme entre las flores.

En aquellos primeros días de turbación en que él me decía «señorita» y yo á él «caballero», sonriéndonos con la mirada, confundiéndonos como si una nueva bondad hubiese entrado en nosotros, teníamos interés hasta por las cosas de que nunca habíamos hecho caso. ¡Qué planes!...

Tendríamos dos hijos; un niño para él y una niña para mí, y los seguiríamos con los ojos cariñosos en sus juegos, cambiándonos miradas exuberantes de pasión. ¡Qué devaneos! ¡Qué alegría delirante!

Aquello era mi sol, mi aurora, el amanecer de mis esperanzas!

Yo sembraba recuerdos por todas partes, así como se esparcen granos por la tierra. Me lanzaba hacia el porvenir poblado de goces y me abismaba en las esperanzas. Esperábamos ambos el momento fijado para nuestra unión envueltos en una ternura deliciosa, saboreando lo exquisito de las caricias insignificantes, de los dedos cogidos furtivamente, de las miradas de pasión, tan largas que nuestras almas parecían confundirse.

Mi padre consintió, ¡ya lo creo! Los padres son tan buenos, que en su misma bondad no saben que con su consentimiento preparan una desgracia para toda la vida.

Llegó el día de mi boda, y cuando regresamos de la ceremonia, no estaba aún tranquila!

¡Casada!... ¡Estaba casada!...

Vendrían después las felicidades soñadas.,. me había dormido joven y me despertaba mujer.

Entré en lo «esperado» y en lo «prometido».

Cuando penetré en mi cuarto, estaba

agitada y hasta tenía deseos de llorar. Recuerdo que miré el reloj y la abejita dorada del péndulo, que con su acompasado «tic-tac», latía á modo de un corazón, que sería testigo de toda mi vida.

Detuve la abejita dorada y le dí un beso en las alas. Hubiera besado cualquier cosa.

Y pensé en el esposo prometido por mil voces secretas, arrojado en el camino por un Dios bueno. (*Transición.*) Y al hombre que ha correspondido levantar ese velo tendido sobre el dulce misterio de la vida, corresponde también la sorpresa de la desilusión. (*Con amargura.*) Cuánto se engañaba mi padre al decir: Harán una «buena parejita». ¡Cómo ha mentido aquel buen mozo encantador que hoy es mi marido!

Tiemblo ahora, y siento que una melancolía dolorosa me abruma como un presentimiento! ¿Dónde están aquellas promesas formuladas con tanto calor por Antonio?

¡Muertas y enterradas yacen en su pecho!

Lamento la desilusión de una embriaguez soñada tan distinta, de un dulce deseo tan rudamente destruído, de una felicidad rota.

¡Y á esto es á lo que se llama ser la esposa de un hombre... á esto...

Casi ni puedo creerlo... ¡No lo creo!..

Me siento más indignada por sus engaños que por su brutalidad! ¡Tratada como una mujer cualquiera! ¡Oh! (*Le asalta un desvanecimiento.*) Qué vértigo!.. la emoción... la angustia... Parece que voy á perder el conocimiento. Ah! qué dicha!

Pero no! Bien conozco mis pesares!

De la cartera que me dejó mi buen padre para mis *gastos de muchacha* como él decía, me ha pedido cuenta mi esposo... Ah!

Cuando una mujer sorprende en el hombre que es su esposo la absoluta ausencia de esos finos pudores, esas delicadezas naturales que hacen disimular lo brutal de la vida, ese día se apaga el sol, y las ilusiones caen del corazón como las hojas á la llegada del invierno.

Yo que me imaginaba haber hallado al hombre que aguardaba; que me casé con él en unas cuantas semanas, como se casa uno cuando toma una determinación brusca.

Y este hombre, es el mismo que se encarga de deshacer sus promesas.

Ahora comprendo que dos almas no se penetran nunca por completo, ni llegan á confundir sus pensamientos; andamos uno al lado del otro; unidos á veces; pero jamás mezclados.

Es una mentira la decantada fusión de los espíritus.

Sola para toda la vida! Con la soledad del corazón, que es la más triste de todas las soledades. (*Acongojada.*) Mis lágrimas le han parecido ridículas.

No tener conmigo ninguna de esas encantadoras niñerías del amor, esas palabras tontas y sin embargo tan deliciosas.

Ya no tengo nada que esperar, nada que hacer ni hoy, ni mañana... ni nunca. (*Mirando por el balcón.*) Hasta el jardín está como mi alma. Ya no san-

gran las amapolas, ya no irradian las margaritas, ya no se estremecen, como suspendidas de hilos invisibles, las mariposas amarillas. (*Con desolación y como queriendo romper á llorar.*)

¿Por qué me siento ahora como muerta? Antonio es otro! Como un actor que ha concluído su papel y adopta la fisonomía ordinaria. Ya ha perdido su barniz y su elegancia de novio...

¡Como ya no tiene que agradar!

Reproches!.. ¿Para qué se los voy á dirigir?

Siempre responde con tanta brusquedad: «¡quieres dejarme en paz!»

Esas ansias de economía, esa avaricia sórdida me hieren como alfilerazos.

¿Cómo puede ser que dos criaturas que se han querido, que se han casado en un transporte de ternura, se hallen después tan desconocidas la una de la otra, como si jamás hubiesen estado juntas? ¿Es así la vida? Y lo peor es que no podemos cambiarla.

Antonio! Antonio!... ¡Yo no quiero volver á verle, no, no, no!.. Después

de esos amores degradantes con que me ha injuriado! Después de posponerme, ¡á quién! ¡Dios mío!... ¡á la criada! Oh! y qué afrenta para mí! No, no, yo no quiero volver á saber más de ese hombre... Ah!

¡Mamá de mi alma! Padre mío! ¿Qué sabrán mis padres? Ignorarán que su hija es una mártir... Si pudiera volver á su lado.

Pero ya es tarde y la suerte está echada.

En la muerte podré hallar lo que no me ha dado la vida: reposo y tranquilidad, y un sueño muy callado del que no se despierta... (*Mira por el balcón.*) Me parece mentira que en una tierra donde lucen estas auroras, no haya alegría ni felicidad.

Ah! el soplo de la muerte me hiela el corazón...

Oh! Dios mío, tú sabes que no soy cobarde! Dios santo, perdóname; mira Señor que no te he ofendido! Si la vida es una desgracia ¿por qué la muerte no ha de ser un derecho? Morir no

es nada para los que han sufrido mucho; es el último combate.

Veneno! (*Toma un frasquito.*) Frío y silencioso verdugo que destruyes la existencia de los que te buscan, refugio de los desesperados, nudo gordiano de los grandes problemas del alma! Veneno amigo, ven! (*Oprime el frasco contra su pecho.*) ¡Me siento débil, mi pulso late con violencia... Ah... Qué es esto, Dios mío! Será posible? ¡Ah! qué revelación tan grande!

Ser madre! Qué dicha! Seré madre! Hijo mío! Pobre sér de mis entrañas, fruto de mi amor: Tu madre no quiere ser criminal y por ti perdonará! (*Arroja el frasco.*)

Soy muy desgraciada, pero tú, Dios mío, me concedes una inmensa felicidad.

Este niño será mi dulce consuelo. ¡Cómo condenarte á la muerte, pobre hijo mío!.. Tu padre, no te amará como yo; tendrá la misma indiferencia que para mí y te mirará con la apatía del hombre egoísta á quien irrita la pa-

ternidad... Pero yo te amaré por los dos. Ya no serás condenado á la fosa, los rayos del sol besarán tu cuerpecito; yo te veré abrir la boca, exhalar tus vagidos; tendré algo á quien amar, hasta el punto de no saber más que eso: ¡Amar!

Herida en mi amor y burlada en mis esperanzas, tú serás mi única gloria.

¡Promesas de felicidad, no sois una ilusión!

¡Que viva mi hijo! ¡Que viva mi hijo!

Oh! Dios mío! ¡Perdón! ¡perdón! Te amo! En ti creo! En ti espero!

¿Querer morir? No; vivir es mejor!

¡Ahora sí quiero la vida!

TELÓN.

INDICE

Páginas

BRONCES

ROSAS